



Discurso sobre el Salmo 119:68

Un sermón de George Müller de Bristol
"El Señor es bueno y hace bien"

Un sermón predicado en la Capilla Bethesda, en Great George Street, Bristol, por el Sr. George Müller, fundador del asilo de huérfanos, Horfield, tras la reciente muerte de su esposa. Este sermón se predicó en la noche del jueves 3 de marzo de 1870, pero se predicó por primera vez el domingo anterior cuando más de 800 personas no pudieron obtener la admisión.

Antes de comenzar su sermón, el Sr. Müller hizo las siguientes observaciones:

"Realmente lamenté escuchar la noche del último día del Señor, que tantas multitudes, tantos cientos, no pudieron obtener la admisión en esta iglesia. Lo había previsto y, por lo tanto, tenía la intención de ocupar el lugar más grande que se pudiera tener en la ciudad con el propósito de predicar este sermón fúnebre, pero sentí que mis fuerzas eran inadecuadas para ello, y por eso tuve que renunciar. Además, y lo más importante de todo, mi amada esposa, habiendo asistido ella misma a este lugar de culto durante 37 años y seis meses, y nunca estar ausente, excepto cuando estaba fuera de Bristol o enferma, sentí que debido a su memoria tenía que predicar aquí en vez de en otro lugar. Se me ocurrió, a fin de que aquellos que se sintieron desilusionados la noche del último día del Señor, dar aviso de que volvería a abordar el tema esta noche para que tuvieran la oportunidad de asistir; pero también se me ocurrió lo inconveniente que sería hacerlo una tarde de trabajo para muchos en vez de en el día del Señor, y especialmente a una hora temprana en comparación con la del día del Señor. Aun así era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Solo hay una cosa más que tengo que decir: hace casi 44 años que tengo el hábito de ministrar la Palabra. Muchas miles de veces he predicado durante este tiempo y nunca he leído un sermón; pero en este caso sentí que como lo que voy a decir está lleno de fechas, lleno de incidentes y una serie de cosas que en este momento mi memoria no puede recordar, pensé que lo mejor era anotar las circunstancias para traerlas ante vosotros, sabiendo que al hacerlo así me guiaré mejor por un juicio sereno y calmado en lo que les voy a decir acerca de mi amada esposa".

EL SERMÓN

Salmo 119:68

"Tú eres bueno y haces el bien"

La razón por la que me propongo predicar este sermón fúnebre no es porque la difunta Sra. Müller fuera mi amada esposa; ni que tenga la oportunidad de hablar muy bien de ella, por muy digna que sea; sino para engrandecer al Señor dándomela, dejándomela por tanto tiempo, y tomándola de mí para Él. Al mismo tiempo, me pareció bien que como ella era el primer miembro de la iglesia reunida en Bethesda, cuando se formó en agosto de 1832; y como toda su vida desde entonces ha sido del carácter más inocente; y como su vida estuvo llena de acontecimientos muy notables e instructivos, que ante la partida de un cristiano así debemos reflexionar sobre las lecciones que su vida nos puede enseñar. Ella había vivido para ver a 2700 creyentes recibidos en comunión en la iglesia, de la cual ella fue la primera; y cuando se durmió, había 920 en comunión en la

iglesia; alrededor de 1500 durante los 37 años y medio que, o bien durmieron o se fueron de Bristol; alrededor de 200 se unieron a otras iglesias en Bristol, y 90 habían sido excluidos de la comunión. Durante los seis días que mi amada esposa estuvo en su lecho de muerte, mi alma fue sostenida por la verdad contenida en las palabras de nuestro texto. Si estaba más aliviada del dolor, o si tenía un dolor severo, si había una pequeña posibilidad de que todavía me pudiera ser devuelta, o si toda esperanza había desaparecido; mi alma fue sostenida por estas palabras. Estaban siempre presentes conmigo, y en ellas descansaba mi alma. Cuando le agradó a Dios llevarse consigo a mi amada esposa, estas palabras sostuvieron tanto mi alma que si hubiera salido esa noche a predicar, habría predicado de este texto. Deseo ahora, en la medida en que Dios me ayude, para beneficio de mis compañeros creyentes más jóvenes en Cristo en particular, insistir en la verdad contenida en estas palabras, con referencia a mi amada esposa difunta:

- 1) El Señor fue bueno e hizo bien al dármele.
- 2) Fue bueno y lo hizo bien dejándome tanto tiempo.
- 3) Fue bueno e hizo bien al quitármela.

Primero. Al dármele, poseo la mano de Dios; no, Su mano era más notable; y mi alma dice: “Tú eres bueno y haces el bien”. Me referiré a algunos detalles para la instrucción de otros. Cuando a finales del año 1829 dejé Londres para trabajar en Devonshire en el Evangelio, un hermano en el Señor me dio una tarjeta que contenía la dirección de una conocida dama cristiana, la señorita Paget, que entonces residía en Exeter, para que la visitara, ya que era una excelente cristiana. Tomé esta dirección y la guardé en mi bolsillo, pero pensé poco en visitarla. Durante tres semanas llevé esta tarjeta en mi bolsillo, sin hacer ningún esfuerzo por ver a esta dama; pero al fin me vi inducido a hacerlo. Esta fue la manera en que Dios me dio a mi excelente esposa. La señorita Paget me pidió que predicara el último martes del mes de enero de 1830, en la habitación que había preparado en Poltimore, un pueblo cerca de Exeter, y donde el señor A. N. Groves, después mi cuñado, había predicado una vez al mes antes de salir como misionero a Bagdad. Acepté fácilmente la invitación, ya que anhelaba exponer en todas partes la preciosa verdad del regreso del Señor y otras verdades profundamente importantes, de las que se había llenado mi alma no mucho antes. Al dejar a la señorita Paget, me dio la dirección de un hermano cristiano, el señor Hake, que tenía un internado infantil para señoritas y caballeros en Northernhay House, la antigua residencia del señor A. N. Groves, para que yo pudiera quedarme allí en mi llegada a Exeter desde Teignmouth. A este lugar fui a la hora señalada. La señorita Groves, después mi amada esposa, estaba allí, porque la señora Hake había sido una gran inválida durante mucho tiempo, y la señorita Groves ayudó al señor Hake en su gran aflicción supervisando los asuntos domésticos. Mi primera visita me llevó a volver a predicar en Poltimore, después del lapso de un mes, y me quedé nuevamente en la casa del Sr. Hake; y esta segunda visita me llevó a predicar una vez a la semana en una capilla en Exeter; y así fui semana tras semana de Teignmouth a Exeter, cada vez quedándome en la casa del señor Hake. Todo este tiempo mi propósito no había sido casarme en absoluto, sino permanecer libre para viajar al servicio del Evangelio; pero después de algunos meses vi por muchas razones que era mejor para mí, como pastor joven, menor de 25 años, estar casado. La pregunta ahora era: ¿a quién me uniré? La señorita Groves estaba ante mi mente, pero fue mucho el conflicto en oración antes de que

tomara una decisión; porque no podía soportar la idea de quitarle al señor Hake este valioso ayudante, ya que la señora Hake seguía sin poder asumir la responsabilidad de una casa tan numerosa. Pero oré una y otra vez. Por fin esto me hizo decidirme. Tenía motivos para creer que había engendrado un afecto en el corazón de la señorita Groves por mí y que, por tanto, debería hacerle una propuesta de matrimonio, por muy poco amable que pudiera parecerle actuar a mi querido amigo y hermano, el señor Hake, y pedirle a Dios que le diera un ayudante adecuado para suceder a la señorita Groves. El 15 de agosto de 1830, por lo tanto, le escribí proponiéndole que fuera mi esposa, y el 19 de agosto, cuando fui como de costumbre a Exeter para predicar, ella me aceptó. Lo primero que hicimos después de que me aceptara fue arrodillarme y pedir la bendición del Señor sobre nuestra unión prevista.

En unas dos o tres semanas, el Señor, en respuesta a la oración, encontró a una persona que parecía apta para actuar como ama de llaves, mientras que la señora Hake seguía enferma; y el 7 de octubre de 1830 nos unimos en matrimonio. Nuestro matrimonio fue de lo más sencillo. Caminamos a la iglesia, no tuvimos desayuno de bodas, pero por la tarde tuvimos una reunión de amigos cristianos en la casa del Sr. Hake y conmemoramos la muerte del Señor; y luego me fui en la diligencia con mi amada novia a Teignmouth, y al día siguiente fuimos a trabajar para el Señor. Tan simple fue nuestro comienzo, y a diferencia de los hábitos del mundo, por el amor de Cristo, nuestro objetivo piadoso ha sido continuar así desde entonces. Ahora vea la mano de Dios al darme a mi querida esposa: primero, esa dirección de la señorita Paget me fue dada por orden de Dios; segundo, por fin me vi obligado a llamarla, aunque lo había retrasado mucho tiempo; tercero, ella podría haber proporcionado un lugar de descanso con otros amigos cristianos, donde yo no habría visto a la señorita Groves; cuarto, mi mente podría haber decidido finalmente, después de todo, no hacerle una propuesta, pero Dios resolvió el asunto así al hablarme a través de mi conciencia: “Sabes que has engendrado afecto en el corazón de esta hermana cristiana, por la forma en que has actuado con ella, y por lo tanto, por doloroso que sea, actúa, aunque parezca poco amable con tu hermano, para hacerle una propuesta”. Yo obedecí. Escribí la carta en la que hice la propuesta, y el resultado no fue más que una corriente de bendición. Permittedme agregar aquí unas palabras de consejo cristiano. Entrar en la unión matrimonial es uno de los eventos más importantes de la vida. No se puede tratar con demasiada oración. Nuestra felicidad, nuestra utilidad, nuestro vivir para Dios o para nosotros mismos después, a menudo están más íntimamente conectados con nuestra elección. Por lo tanto, de la manera más piadosa, se debe hacer esta elección. Ni la belleza, ni la edad, ni el dinero, ni las facultades mentales deben ser lo que impulse la decisión; pero primero, se debe esperar mucho en Dios para que lo guíe; segundo, un propósito sincero de estar dispuesto a ser guiado por Él debe seguir después; tercero, la piedad verdadera, piedad sin sombra de duda, debe ser la primera y absoluta cualidad de un cristiano con respecto a un compañero de vida. Sin embargo, además de esto, debería sopesarse al mismo tiempo con calma y paciencia si en otros aspectos existe una idoneidad. Por ejemplo, que un hombre educado elija a una mujer completamente sin educación no es prudente; porque por mucho que el amor esté dispuesto a cubrir la falta, resultará muy infeliz con respecto a los niños.

Por lo que se ha dicho, creo que está claro que “el que es bueno y hace el bien” me había dado a la señorita Groves por esposa.

Veamos ahora por unos momentos lo que había recibido en ella como regalo de Dios. Menciono aquí, como su principal excelencia, que era una cristiana verdaderamente devota. Ella tenía como único objetivo en la vida, vivir para Dios; y durante los 39 años y 4 meses que estuve unido a ella por lazos conyugales, su firme propósito de vivir para Dios aumentó cada vez más. Ella también era, como cristiana, de espíritu manso y tranquilo. Hablo con aquellos que la conocieron, y no pocos de los cuales la conocieron hace treinta años y más, y que saben lo excelente cristiana que era. Si todos los cristianos fueran como ella, las alegrías del cielo se encontrarían en la tierra mucho más abundantemente de lo que son ahora. En ella, Dios se había complacido en darme una esposa cristiana, que nunca en ningún momento me estorbó en los caminos de Dios, sino que buscaba fortalecer mis manos en Dios, y esto también, en las pruebas más profundas, bajo las mayores dificultades, y cuando el servicio en el que me ayudó le supuso los mayores sacrificios personales. Cuando durante los años desde septiembre de 1838 hasta finales de 1846. tuvimos las mayores pruebas de fe en la Obra Huérfana; y cuando cientos de veces las necesidades de los huérfanos solo podrían satisfacerse con nuestros propios medios, y cuando a menudo había que gastar todo nuestro dinero; esa preciosa esposa nunca me encontró faltas, sino que se unió de todo corazón a mí en oración pidiendo ayuda de Dios, y conmigo buscó ayuda y vino la ayuda, y luego nos regocijamos juntos, y a menudo lloramos juntos de gozo. Pero la preciosa esposa que fue un regalo de Dios para mí, se adaptaba exquisitamente a mí, incluso naturalmente, por su temperamento. Miles de veces le dije: “Querida mía, Dios mismo te eligió para mí, como la esposa más adecuada que podría desear tener”. Luego, en cuanto a su educación, ella fue todo lo que podría haber deseado. Había tenido una educación muy buena y sólida, y conocía además de las habilidades de una dama. Tocaba y pintaba muy bien, aunque no pasamos cinco minutos al piano o dibujando o pintando después de nuestro matrimonio. Poseía un conocimiento superior de astronomía, estaba sumamente bien cimentada en gramática y geografía inglesas, tenía un buen conocimiento de historia y francés, también había comenzado en latín y hebreo y había aprendido alemán, cuando entre 1843 y 1845, me acompañó a mi servicio en Alemania.

Todo este cultivo de la mente no solo resultó útil en la educación de nuestra hija, sino que el Señor la utilizó más o menos en Su servicio para alabanza de Su nombre. Ella era muy buena en aritmética, lo que durante 34 fue de gran ayuda para mí; porque habitualmente examinaba mes a mes todos los libros de contabilidad y los cientos de facturas de las matronas de las diversas casas de huérfanos; y si un comerciante o una de las matronas en algún momento hubiera cometido el menor error, seguramente ella lo descubriría. Pero además de la buena educación de una dama, poseía, lo que en nuestros días es tan raro entre las damas, un conocimiento profundo de la costura útil de todo tipo y un excelente conocimiento de la calidad del material para la ropa, ropa de cama, etc., y así se volvió tan eminentemente útil como esposa del director de las cinco casas de huérfanos en Ashley Down, donde ella tuvo que encargarse de miles de años de material de todo tipo y aprobarlo o rechazarlo. Mi amada esposa podía hacer bordados elegantes como otras damas, y lo había hecho cuando era joven; pero no ocupaba así su tiempo, salvo que de vez en cuando tejía con sus propias manos un bolso para su marido mientras ella estaba en el campo para cambiar de aires. Su ocupación tenía habitualmente un fin útil. Fue el de preparar las muchas cientos de pequeñas camas habilitadas para los queridos huérfanos, la mayoría de los cuales nunca había visto tales camas, y mucho

menos dormido en ellas. Fue esto por lo que trabajó. Se ocupaba de conseguir buenas mantas o coberturas, para así servir al Señor Jesús, en el cuidado de estos queridos niños afligidos, que no tenían una madre ni un padre que los cuidara. Se dio a la tarea de proporcionar otras innumerables cosas útiles en las Casas de los Huérfanos, y especialmente por las habitaciones de los enfermos, de tal modo que día a día, excepto en los días del Señor, se la veía en las Casas de Huérfanos. El conocimiento que es útil para ayudar a los necesitados, para aliviar el sufrimiento, para ser una esposa útil, una madre útil, ¡está muy por encima del valor de hacer un trabajo elegante! La Sra. Müller poseía y valoraba de manera preeminente los conocimientos útiles. Ella y sus queridas hermanas habían sido criadas por una madre sabia y amorosa, que se encargó de que, si bien no se escatimara nada con respecto a una buena escuela y la asistencia de buenos maestros, etc., sus hijas también fueran eminentes en conocimiento útil. Que las madres cristianas que me escuchan ahora sepan que sus hijas tienen una educación que las convertirá en esposas y madres útiles. Hemos visto ahora que Dios mismo me había dado a mi amada esposa; también hemos visto lo adecuada que era para mí; y en el regalo de tal esposa se sentó una buena base para la verdadera felicidad conyugal.

¿Y fuimos felices? Ciertamente lo fuimos. Con cada año nuestra felicidad aumentaba más y más. Nunca vi a mi amada esposa en ningún momento, cuando la conocí inesperadamente en cualquier lugar de Bristol, sin que estuviera encantada de hacerlo. Día a día, cuando nos reuníamos en nuestro vestidor en las Casas de Huérfanos para lavarnos las manos antes de la cena y el té, estaba encantado de quedar con ella, y ella lo estaba igualmente de verme. Miles de veces le dije: “Querida, nunca te vi en ningún momento desde que te convertiste en mi esposa en que yo no estuviera encantado de verte”. Este no fue solo nuestro camino en el primer año de nuestra unión matrimonial, ni en el décimo, en el vigésimo o trigésimo año de nuestra vida conyugal. Así hablé con ella muchas veces desde el 7 de octubre de 1869. Además, día tras día, si de alguna manera se podía hacer, pasé veinte minutos o media hora después de cenar con ella en su habitación de las casas de huérfanos, sentado en el sofá, que el amor de un hermano cristiano, junto con un sillón, le había enviado en el año 1860, cuando estuvo, durante unos nueve meses, tan enferma de reumatismo. Sabía que era bueno para ella, que su mente activa y querida y sus manos deberían descansar, y sabía bien que no sería así, a menos que su marido estuviera a su lado. Además, también necesitaba un poco de descanso después de la cena, debido a mis débiles poderes digestivos; y por eso pasé estos preciosos momentos con mi querida esposa. Allí nos sentamos, uno al lado del otro, su mano en la mía, como cosa habitual, teniendo unas pocas palabras de amorosa relación, o en silencio, pero muy felices en el Señor, y el uno en el otro, habláramos o calláramos. Y así fue muchas veces desde el 7 de octubre de 1869, es decir, en el cuadragésimo año de nuestra vida conyugal. Nuestra felicidad en Dios y en los demás era indescriptible. No teníamos días felices todos los años, pero teníamos doce meses de felicidad cada año, y así año tras año. A menudo le dije a mi amada, y esto una y otra vez incluso en el cuadragésimo año de nuestra unión conyugal: “Querida mía, ¿crees que hay una pareja en Bristol, o en el mundo, más feliz que nosotros?”. ¿Por qué me refiero a todo esto? Para mostrar qué gran bendición para un esposo es una esposa verdaderamente piadosa, que también en otros aspectos es adecuada para él.

Pero reconozco en mayor grado que el fundamento de la verdadera felicidad espiritual en nuestra vida matrimonial se estableció en que mi querida esposa era una cristiana decidida, y que Dios me preparó en otros aspectos y, por lo tanto, me la dio a mí; pero al mismo tiempo estoy plenamente convencido de que esto no sería suficiente para la continuación de la verdadera felicidad conyugal durante un curso de 39 años y cuatro meses, si no hubiera habido más. Por lo tanto, debo agregar aquí los siguientes puntos: primero, ambos por la gracia de Dios teníamos un objetivo en la vida, y solo uno: vivir para Cristo. Todo lo demás era de un carácter muy inferior a nosotros. Por débiles y deteriorados que estuviéramos, en una variedad de formas, no podíamos desviarnos de este único objetivo sagrado de la vida. Este propósito y objetivo piadoso, llevarlo día a día a cabo, se añadió grandemente, necesariamente se agregó, a la verdadera felicidad y, por lo tanto, a un aumento de felicidad conyugal también. Si esto falta en dos cristianos que están unidos por lazos matrimoniales, no se sorprendan si falta también la felicidad conyugal, la verdadera felicidad conyugal.

En segundo lugar, durante los 39 años y cuatro meses tuvimos la bendición de tener mucho trabajo que hacer, y lo hicimos; por la gracia de Dios nos entregamos a él, y esta abundancia de trabajo operó en gran medida al aumento de nuestra felicidad. Nuestras mañanas nunca comenzaron con la incertidumbre de cómo pasar el día, y qué hacer; porque cuando comenzaba el día, siempre teníamos mucho trabajo. Considero que esto es una bendición especial, y aumentó enormemente nuestra felicidad y endulzó enormemente el poco tiempo que teníamos para descansar en compañía del otro. Muchos cristianos verdaderos incluso cometen el error de aspirar a una posición en la que puedan estar libres de trabajo y tener todo su tiempo disponible. No saben que desean un gran mal, en lugar de una gran bendición. Olvidan que desean un momento en el que, por falta de una ocupación regular, estarán particularmente expuestos a la tentación.

En tercer lugar, por grande que fuera nuestra ocupación habitual, y especialmente durante los últimos 25 años, nunca permitimos que esto interfiriera con el cuidado de nuestras propias almas. Antes de ir a trabajar teníamos, como práctica habitual, nuestros momentos para la oración y la lectura de las Sagradas Escrituras. Si los hijos de Dios descuidan esto, y dejan que su trabajo o servicio para Dios interfiera con el cuidado de sus propias almas, no podrán ser felices en Dios por mucho tiempo; y su felicidad conyugal, por tanto, también debe sufrir a causa de ella.

En cuarto lugar, por último, y sobre todo para ser notado diré esto: durante muchos años pasados, ya sea veinte o treinta años, o más, no sé, además de nuestros momentos para la oración privada y familiar, habitualmente teníamos momentos para orar juntos. Durante muchos años, mi preciosa esposa y yo tuvimos, inmediatamente después de la oración familiar de la mañana, un poco de tiempo para la oración juntos, cuando los puntos más importantes para la acción de gracias o los motivos más importantes de oración, con respecto al día, fueron presentados ante Dios. En caso de que nos presionaran pruebas muy duras, o si nuestra necesidad de cualquier tipo era particularmente grande, orábamos de nuevo después de la cena, cuando la visitaba en su habitación, como dije antes, y esto en momentos de dificultades o necesidades extraordinarias puede repetirse una o dos veces más por la tarde; sin embargo, muy raramente fue este el caso. Luego, por la noche, durante la última hora de nuestra estancia

en la Casa de Huérfanos, aunque ni el de ella ni mi trabajo nunca fueron tanto, se entendía habitualmente que esta hora era de oración. Mi amada esposa venía entonces a mi habitación , y ahora nuestra oración, súplica e intercesión, mezcladas con acción de gracias, duraban generalmente cuarenta, cincuenta minutos y, a veces, toda una hora. En estos tiempos, presentábamos, tal vez, cincuenta o más puntos, personas o circunstancias diferentes ante Dios. La carga de nuestra oración era generalmente del mismo carácter, excepto cuando las oraciones se convertían en alabanzas, o cuando se añadían puntos nuevos, o cuando las misericordias o bendiciones peculiares, o las dificultades o pruebas eran peculiares, en las que entonces durante una parte del tiempo variaba. Por tanto, nunca nos reunimos para orar sin haber tenido, por diversos motivos, ocasión de dar acción de gracias; pero, al mismo tiempo, nuestros momentos de oración nunca llegaron sin que tuviéramos motivo suficiente para “echar nuestras cargas sobre el Señor”. Estas temporadas para la oración unida, quiero decir, además de la oración familiar, las recomiendo particularmente a todos los esposos y esposas cristianos. Juzgo que fue en nuestra propia historia el gran secreto para continuar, no solo en la felicidad conyugal, sino en un amor mutuo, que fue aún más abundantemente fresco y cálido de lo que había sido durante el primer año, aunque luego estábamos muy cariñosos el uno con el otro.

Paso ahora a la segunda parte de nuestro precioso texto:

II. El Señor fue bueno e hizo bien al dejarme tanto tiempo a mi preciosa esposa.

Creo que se les ha mostrado claramente a los cristianos que me escuchan, que Dios, el Padre de nuestro Señor Jesús, y mi padre, mediante la fe en Su nombre, me dio a mi amada esposa; y ahora me esforzaré por mostraros claramente, que la mano de Dios se vio más claramente al dejármela como una compañera en el gozo, la tristeza y el servicio de 39 años y 4 meses. Ya se ha dicho antes que nos casamos el 7 de octubre de 1830. El 9 de agosto de 1831, mi amada esposa, después de diecisiete horas de sufrimiento de la clase más severa, dio a luz un niño muerto. Su vida había corrido el mayor peligro, humanamente hablando, y permaneció en el mayor peligro durante varias semanas después, de modo que dos caballeros médicos la visitaban diariamente, o incluso dos o tres veces al día. Que ella no se hundiera en ese momento, sino que fuera levantada y devuelta por 38 años y 6 meses más fue de Dios, y fue, creo, el resultado de mi más ferviente clamor a Dios por esta bendición. Pero mi querida esposa nunca recuperó la salud y las fuerzas que había tenido antes. La segunda vez que su vida corría de nuevo, humanamente hablando, el mayor peligro, fue cuando cuatro meses después de nuestra llegada a Bristol, se produjo su confinamiento el 16 de septiembre de 1832. Estaba muy enferma. Ella estaba en un gran peligro. Estuve toda la noche en oración. Pero Dios tuvo misericordia de mí, y no solo salvó a mi preciosa esposa, sino que también la convirtió en la madre viva de un hijo vivo. Nuestra amada hija nos fue entregada el 17 de septiembre de 1832. El 19 de marzo de 1834, se convirtió en la madre viva de un hijo varón vivo; pero ese tiempo estuvo marcado por una liberación de grande peligro, aparentemente, como las dos veces anteriores habían sido al revés. En esto también poseo la mano de Dios. Aproximadamente un año después de eso, ella se estaba quedando en la casa de un amigo cristiano, en Stoke Bishop, y, mientras caminaba, de repente un carruaje se acercó y se dio la vuelta rápidamente, y mi amada esposa fue casi asesinada; pero Dios conservó su vida de una manera notable, aunque quedó algo magullada al caer mientras trataba de salvar su vida.

El 12 de junio de 1838, mi amada esposa enfermó. A menudo había orado esperando su hora. Continuó en los sufrimientos más severos desde poco después de las nueve hasta la medianoche. Así fue pasando hora tras hora hasta las once de la mañana siguiente. Luego se llamó a otro médico, por deseo de quien la atendió. A las tres de la tarde dio luz a un niño muerto. Estuve orando toda la noche, hasta donde mis fuerzas me lo permitieron. Por fin lloré pidiendo misericordia y Dios me escuchó. Durante más de quince días después del parto, mi preciosa esposa estuvo tan enferma que sus dos asistentes médicos acudieron dos o tres veces al día. Su vida corría un gran peligro, humanamente hablando. Pero esta vez también “El que es bueno y hace el bien” me la devolvió para dejarla todavía 31 años y 6 meses más para mí, y hacerla más útil para mí, y en la obra de los huérfanos. La mano de Dios, al perdonarle la vida en 1838, fue más que notable.

En 1845 mi amada esposa me acompañó por segunda vez a Alemania, donde tenía la intención de trabajar en el Evangelio, y especialmente en la redacción de tratados en alemán, y distribuirlos en muchas decenas de miles, junto con mi Narrativa en alemán. Poco después de nuestra llegada a Stuttgart, se puso muy enferma, pero Dios la restauró también y me la devolvió durante 24 años y 6 meses más. En el verano de 1859 se quejaba de la debilidad de su brazo izquierdo, que al cabo de un tiempo aumentaba cada vez más, en lugar de disminuir; y hacia finales de octubre, al estar expuesto a una corriente de aire, este brazo izquierdo débil se volvió extremadamente doloroso, y después de uno o dos días se hinchó mucho, y especialmente su mano se agrandó mucho. Ahora, ese mismo anillo que en la boda del 7 de octubre de 1830 le había puesto en el dedo necesitaba ser roto. Su brazo y su mano empeoraron y continuaron así semana tras semana. En aquella habitación en la que yo tenía la costumbre de hacer esas felices visitas a mi amada esposa después de la cena y en otras ocasiones, estaba ahora, semana tras semana, durante mucho tiempo, sin ella. Pero este era el estado de mi corazón en ese momento. Cuando comenzó esta gran aflicción, me dije a mí mismo: “¿Veintinueve años el Señor me ha dado esta preciosa esposa con una enfermedad relativamente pequeña, y ahora estaré descontento, porque Él se ha complacido en afligirla así en el año treinta de nuestra unión conyugal? No, me conviene más bien estar muy agradecido por haberla tenido durante tanto tiempo en comparativamente buena salud, y someterme plenamente a la voluntad del Señor”. Esto fue capaz de hacer mi alma. Con mucha intensidad, sentí su ausencia del trabajo de los huérfanos durante casi nueve meses, con la excepción de unas pocas veces en las que regresó para dar varias direcciones. Sin embargo, al ver la mano de Dios en el conjunto, pude tomar todo esto de su mano, mi alma se mantuvo en paz, mientras que día a día todavía podíamos tener nuestros preciosos momentos para la oración, y mientras que día a día también suplicábamos a Dios que, si pudiera ser, él estuviera grandemente complacido todavía de restaurar ese brazo y mano débiles de nuevo, y dedicarla más tiempo para que le sirva. Por fin, en abril de 1960, mi querida esposa llegó tan lejos que nuestro amable y atento médico le recomendó que fuera a Clevedon y usara los baños de mar tibios en beneficio de su brazo y mano. Por lo tanto, la llevé a Clevedon. Nuestra hija se quedó con ella y yo bajé tan a menudo como pude. Los cálidos baños de mar parecían agradarle y parecían progresar, cuando un día, al regresar del baño, resbaló cuando salía de la carretera por el sendero cerca de su alojamiento, se cayó contra la pared con cabeza, y en su brazo débil, que llevaba en cabestrillo, y que la había dejado tan impotente al no poder frenar su caída. Parecía muerta y nuestra querida hija corrió al alojamiento en busca de ayuda. Pero cuando regresó, su querida madre, que había quedado atónita por la caída,

se había reanimado y podía ser trasladada a su cama. Todo ahora parecía lúgubre y oscuro en verdad. La perspectiva de eliminar el reumatismo del brazo y la mano parecía desaparecer por completo, y mi preciosa esposa estaba peor que nunca. Ahora bajé noche tras noche a Clevedon, después del trabajo del día en Ashley Down, para atenderla por la noche. Su sufrimiento fue muy grande durante algún tiempo, pero gradualmente desapareció y volvió al estado en el que se encontraba cuando fue por primera vez a Clevedon; y, después de una estancia de más de tres meses en Clevedon, se había obtenido una mejora considerable. Ella regresó a Bristol y pasó unas seis semanas en casa, y luego la llevé a ella y a mi hija a Teignmouth durante un mes, para que pudiera tener más cambios de aire y hacer más uso de baños de mar tibios, que evidentemente habían sido de considerable importancia para ella. Cuando regresamos de Teignmouth, mi querida esposa había recuperado tanto el uso de su brazo y su mano, que podía volver a trabajar en las casas de huérfanos, y su querida mano estaba tan reducida que su anillo de bodas, que volvió a arreglar un joyero, se lo pudo volver a poner. ¡Cuán bueno fue el Señor al perdonarme a mi querida esposa en esta enfermedad en 1859! ¡Qué bueno para mí que no se matara en el acto cuando tuvo esa fuerte caída en Clevedon! ¡Lo magnífico por eso! "Él es bueno y hace el bien".

Pero no puedo descartar esta parte sin mencionar un punto en particular. Mi querida esposa había trabajado tan duro en 1856, 1857, 1858 y 1859, cuando a través de la apertura de la Nueva Casa de Huérfanos número 2, y la perspectiva de abrir la Nueva Casa de Huérfanos número 3, hubo tal abundancia de trabajo, que su la salud fue llevada a un estado muy bajo y su fuerza se había reducido considerablemente. Le rogué que no trabajara tanto, pero fue en vano; amaba el trabajo; ella nunca soportaría estar ociosa. Y así, debido a su muy bajo estado de salud, el reumatismo tuvo tanto efecto en ella. Pero ahora mira cómo el Señor trabajó. Esta misma enfermedad, por más dolorosa que fue para ella y para mí, se convirtió en el precioso instrumento de Dios para salvar a los huérfanos, su verdadera amiga, y a sus queridas hermanas, una hermana, a su propia hija y madre, y una preciosa mujer de un pobre marido por más de 10 años. Esta misma enfermedad la obligó a descansar más de lo que hubiera hecho de otro modo. También se le ordenó médicamente que tomara más alimento de lo que hubiera tomado de otra manera; y en octubre de 1860 estaba en un estado de salud mucho mejor de lo que había estado durante años. Cuán cierto es ese trabajo, por lo tanto, en este caso: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien". Ahora hemos visto lo bueno que fue el Señor conmigo al devolverme a mi amada esposa 39 años y 4 meses, ya que ella podría haber sido apartada de mí antes. Ahora queda por mostrar:

III. "Que el Señor es bueno" e hizo bien en quitarme el deseo de mis ojos

Quizás todos los cristianos que me han escuchado no tendrán dificultad en dar su sincero asentimiento de que "el Señor era bueno y hacía bien" al darme una esposa así; y probablemente también admitirán más fácilmente que Él fue bueno y lo hizo bien al dejármela por tanto tiempo; pero pido a estos queridos amigos cristianos que vayan más lejos conmigo, y que digan de corazón: "El Señor era bueno e hizo bien" al separar a esa esposa útil, hermosa y excelente de su esposo, y eso en el mismo momento en que, humanamente hablando, la necesitaba más que nunca. Mientras digo esto, siento el vacío en mi corazón. Esa hermosa ya no está conmigo para compartir mis alegrías y mis penas.

Cada día la extraño más y más. Cada día veo más y más cuán grande es su pérdida para los huérfanos. Sin embargo, sin esfuerzo, en lo más íntimo mi alma se alegra habitualmente en el gozo de esa amada difunta. Su felicidad me alegra. Mi querida hija y yo no la recuperaríamos, si fuera posible hacerlo con un giro de la mano. Dios mismo lo ha hecho; estamos satisfechos con Él. Durante los últimos dos o tres años fue más obvio para mi corazón y mi ojo amoroso, que mi preciosa compañera durante tantos años estaba volviendo a fallar en su salud. No solo perdió considerablemente la carne, sino que evidentemente parecía mucho peor de lo que solía ser. Le rogué que trabajara menos y se alimentara más; pero no pude conseguir ni lo uno ni lo otro. Cuando le expresé mi pena porque ella permanecía despierta por la noche durante dos horas o más, decía: "Querido, estoy envejeciendo y las personas mayores no necesitan dormir tanto". Cuando le presenté que temía que su salud se debilitara de nuevo, como en 1859, y que temía lo peor, decía: "Querido mío, creo que el Señor me permitirá ver amuebladas y abiertas las Nuevas Casas Huérfanas número 4 y número 5, y luego puedo irme a casa; pero sobre todo deseo que venga el Señor Jesús y que vayamos todos juntos ". Por lo tanto, su querida mente y sus manos estaban trabajando, y como había tanto trabajo en una gran variedad de formas por hacer, por lo general pasaba todo el día trabajando en las casas de huérfanos. En estas circunstancias, se resfrió a principios de enero, lo que le provocó una tos muy angustiosa, y hasta tal punto, que nunca había tenido una tos tan fuerte en los 39 años anteriores. Sólo con dificultad pude convencerla de que me permitiera llamar a nuestro querido amigo médico; porque incluso minimizaba sus propias enfermedades, mientras que se preocupaba mucho por la salud de los demás, especialmente de mí, mi hija y sus hermanas. La presioné cariñosamente para que se marchara de las casas de huérfanos, y también se acostara un poco en su sofá después de la cena, lo que había sido aconsejado por nuestro amable amigo médico. Fue durante el tiempo de esta tos angustiosa que le tomé el pulso porque deseaba saber cómo estaba su salud en general, y encontré que tenía un pulso muy débil, irregular e incesante, lo que confirmaba demasiado mis temores sobre su salud durante los últimos dos o tres años. Aun así, mi preciosa esposa no permitiría que le pasara mucho. A través de los medios médicos, evitó por completo el aire nocturno, yendo y viniendo en un carruaje cuando iba a las Casas de Huérfanos, el uso de una dieta más generosa y variada, y descansando un poco más de lo habitual, la tos angustiosa se eliminó por completo, y apenas quedó el menor rastro de ella, y mi amada puso salir de nuevo al culto público en un carruaje en las mañanas de los días del Señor del 23 y 30 de enero, pero se quedaba en casa por las tardes para evitar que volviera la tos. El domingo 30 de enero hubo una razón añadida para no salir por la noche, porque sentía un dolor en la parte baja de la espalda y en el brazo derecho. Este dolor fue a peor más que a mejor el lunes 31 de enero, y consideramos mejor llamar a nuestro querido amigo médico para que la llamara y la viera si era posible antes de partir hacia las Casas de Huérfanos; pero como él ya estaba en otras casas visitando a sus pacientes, mi querida esposa se fue en un carruaje a las Casas de Huérfanos y nuestra hija le acompañó para trabajar con ella bajo su supervisión, ya que se temía que su dolor le impidiera hacer algo activamente por sí misma. El día transcurrió tolerablemente, aunque el dolor aumentó, en lugar de disminuir.

A la hora del té, se marchó a casa con su hermana, la señorita Groves, quien también había estado durante semanas en un estado de salud muy débil y con mi hija. Me quedé para ir por la noche a nuestra reunión normal de oración pública en la capilla Salem. Cuando llegué a casa, me encontré con que nuestro querido amigo médico, el señor

Josiah Prichard, había estado allí, mandando a mi querida esposa que se acostara, que permaneciera en la cama y que encendiera un fuego en su dormitorio, afirmando que era reumatismo agudo, o lo que comúnmente se llama fiebre reumática. Sufrió mucho dolor durante la noche, pero al día siguiente, y especialmente la noche de martes a miércoles, el dolor fue aún más severo y sus extremidades se volvieron una a una tan dolorosas que no podía moverlas ni soportarlas, ni ser tocadas, excepto el brazo y la mano que habían estado tan débiles diez años antes. Cuando escuché cuál era el juicio del Sr. Prichard, a saber, que la enfermedad era fiebre reumática, naturalmente esperaba lo peor en cuanto al tema, debido a lo que había descubierto en relación al corazón de mi querida esposa, cuando sentí su pulso, pero aunque mi corazón estaba a punto de romperse debido a la profundidad de mi afecto, me dije a mí mismo: "El Señor es bueno y hace bien", "Todo será de acuerdo con su propio carácter bendito. Nada más que lo bueno, como Él mismo, puede proceder de Él. Si le agrada tomar a mi amada esposa, será bueno, como Él mismo. Lo que tengo que hacer, como hijo Suyo, es estar satisfecho con lo que mi Padre hace para que yo le glorifique". Después de esto, mi alma no solo apuntó a esta verdad, sino que, por la gracia de Dios, la alcanzó. Estaba satisfecho con Dios. El martes 1 de febrero estaba solo en la habitación de mi preciosa esposa en las casas de huérfanos. Ella estaba en casa en la cama, algo que no había ocurrido durante más de nueve años, por lo que puedo recordar. En su habitación colgaban una serie de preciosos textos de las Sagradas Escrituras, impresos en letras grandes, dispuestos para cada día del mes, llamados "El consolador silencioso". La hoja que apareció entonces contenía estas palabras: "Yo sé, oh Jehová, que tus juicios son rectos, y que en fidelidad me afligiste" (Salmo 199: 75). Leí esto una y otra vez, y cada vez mi alma más íntimamente respondió: "Sí, Señor, tus juicios son justos. Estoy satisfecho con ellos. Tú conoces la profundidad del afecto de Tu pobre hijo por su amada esposa, sin embargo, estoy satisfecho con tus juicios, y en lo más íntimo de mi alma digo que Tú, en fidelidad, me has afligido. Todo esto es de acuerdo con ese amor con el que me has amado en Cristo Jesús, y cualquiera que sea el resultado "todo irá bien". También estaba escrito en esa hoja del "Consolador silencioso" "En tus manos están mis tiempos" (Salmo 31:15). Mi corazón respondió al leer estas palabras: "Sí, Padre mío, los tiempos de mi amada esposa están en Tus manos. Harás lo mejor por ella y por mí, ya sea de vida o de muerte. Si es así, levanta una vez más a mi preciosa esposa, Tú puedes hacerlo, aunque ella esté tan enferma, pero por mucho que me trates, sólo ayúdame a seguir satisfecho con tu santa voluntad ". Durante toda la semana, mientras mi amada esposa yacía en su lecho de muerte, estos versos del precioso himno: "Uno está por encima de todos los demás - ¡Oh! ¡Cómo ama!" siempre estuvieron presentes conmigo:

*"La mejor de las bendiciones que Él nos proveerá,
Nada salvo lo bueno siempre nos acompañará,
Salvos hacia la gloria Él nos guiará,
¡Oh, cómo ama!"*

Mi corazón respondía continuamente: "Nada salvo lo bueno nos acompañará". Estaba seguro en lo más íntimo de mi alma, que sin importar cómo mi amado Padre actuara con su pobre hijo, sería para su bien. El miércoles 2 de febrero, cuando mi amada esposa estaba relativamente libre de dolor, le leí antes de ir a las casas de huérfanos este versículo del Salmo 84: "El SEÑOR Dios es sol y escudo: el SEÑOR dará gracia y gloria: nada bueno negará a los que andan en integridad ". Habiendo leído este versículo, dije:

“Querida mía, ambos hemos recibido gracia, y por tanto, recibiremos gloria; y como, por la gracia de Dios, caminamos rectamente, nada que sea bueno para nosotros nos negará”. Ella evidentemente fue bendecida a través de este versículo, porque habló de él a nuestra hija en el transcurso del día. Para mi propio corazón, el versículo fue un gran apoyo, porque me decía una y otra vez: “Camino en rectitud, y por eso mi Padre no me negará nada que sea bueno para mí”; por tanto, si la restauración de mi querida María es buena para mí, seguramente me será concedida; de lo contrario, tengo que procurar glorificar a Dios mediante la más perfecta sumisión a Su santa voluntad.

El jueves 3 de febrero, evidentemente vi lo grave que el señor Prichard consideraba que era el caso; de hecho, ya el miércoles por la noche, porque tenía que darle a mi querida esposa cada dos horas una pequeña cantidad de concentrado de carne durante la noche, o un cucharadita de vino, pero los sufrimientos de esa noche la llevaron pronto al final de su peregrinaje terrenal. Alrededor de las diez de la mañana, el querido señor Prichard, que desde el principio había venido dos veces al día, y que había hecho todo lo posible por según la habilidad médica, sumada a la bondad cristiana, la llamó para verla, y la encontró, como pensaba, mucho peor. Propuso inmediatamente llamar al doctor Black y esperar a que llegara. Alrededor de las once, el Dr. Black vino muy amablemente, examinó a la querida enferma y confirmó lo que el Sr. Prichard me había dicho antes, que toda esperanza de recuperación había desaparecido. Después de que los caballeros médicos se fueran, sentí que era mi deber decirle a mi preciosa esposa que el Señor Jesús vendría por ella. Su respuesta fue: "Pronto vendrá". Creo que con esto quiso indicar que el Señor regresaría pronto y nos reuniríamos. Como todavía había vida, sentí que era mi deber hacer hasta el final todo lo que la habilidad médica pudiera idear y el amor de mi parte pudiera hacer. A la una y media de la tarde, cuando le di la medicina, y un poco más tarde, una cucharada de vino en agua, observé que tenía dificultad para tragar y, unos minutos después, que no podía expresarse con claridad. Traté de hacerme entender, pero no pude. Me senté en silencio frente a ella, y aproximadamente un cuarto de hora después observé que sus queridos ojos brillantes estaban fijos. Ahora llamé a mi querida hija y a su tía, la señorita Groves, y les dije que la amada se estaba muriendo. Inmediatamente vinieron al dormitorio y pronto se les unió la señora Mannering, otra hermana de mi querida esposa. Los cuatro nos sentamos en silencio durante aproximadamente dos horas y media, viendo los últimos momentos de esa amada, cuando aproximadamente veinte minutos después de las cuatro de la tarde del día del Señor 6 de febrero de 1970, se durmió en Jesús. Ahora caí de rodillas y agradecí a Dios por su liberación y por haberla llevado consigo, y le pedí al Señor que nos ayudara y nos apoyara. Mi alma estaba tan en paz y sostenida que si hubiera tenido la fuerza física, y si no hubiera tenido deberes domésticos sencillos, podría haber predicado inmediatamente después; y la porción sobre la que debería haber predicado habría sido la que forma el texto de este sermón. Repito de nuevo: “El Señor era bueno y hacía bien” al llevarse a mi amada esposa, porque, primero, ella había trabajado mucho en la tierra, y ahora le agradaba nombrarla para otro servicio; segundo, “Él era bueno y hacía bien” al liberarla de su dolor y sufrimiento, que había soportado en tanto grado durante la última semana de su vida; tercero, "Él era bueno y lo estaba haciendo bien" al llevársela, en lugar de llevarme a mí y dejarla a ella; cuarto, adoro la bondad del Señor en librarla de esta dura prueba, como creo que habría sido para ella, y la soporto con gusto por ella; quinto, Él era, sobre todo, bueno y estaba haciendo el bien al darle a mi querida esposa lo que había sido durante mucho tiempo el deseo de su corazón, estar siempre con Jesús. Hacía

dos años que mi hija había visto lo siguiente, escrito por su querida madre, en uno de sus libros de bolsillo, guardado en las Casas de Huérfanos, de lo cual no sabía nada, pero cuya preciosa joya me señaló mi hija dos días después de la muerte de su querida madre, y que ahora está ante mí. Las palabras escritas son las siguientes: “Si le agrada al Señor quitar a M. M. (Mary Müller) de una forma repentina, que ninguno de los amados sobrevivientes considere que está en el camino del juicio, ya sea hacia ella o para ellos. Con tanta frecuencia, al disfrutar de la cercanía consciente al Señor, sentí: 'Cuán dulce sería ahora partir y estar para siempre con Jesús', que nada más que la conmoción que sería para su amado esposo e hijo, etc.m, se ha detenido en ella el anhelo de que así su espíritu feliz pudiera emprender el vuelo. ¡Precioso Jesús! Tu voluntad en esto, como en todo lo demás, y no la de ella ”. Con tales palabras ante mí, y sabiendo además, como yo, el profundo vínculo personal que tenía mi querida esposa a ese Bendito, que colgó por nosotros en la Cruz, ¿no puede ser de otra manera que mi alma se regocije en lo más íntimo en el gozo que mi amada tiene ahora de estar con el Señor Jesús para siempre? La profundidad de mi amor por ella se regocija en su alegría. Recuerde esa palabra de nuestro Señor “Si me amaseis, os regocijaríais, porque dije que voy al Padre” (Juan 14:25). Como esposo, cada día me siento más y más sin esta compañera agradable, útil y amorosa. Como director de las cinco casas de huérfanos, la extraño de innumerables maneras y la extrañaré cada vez más. Pero como hijo de Dios y siervo del Señor Jesús, me inclino, estoy satisfecho con la voluntad de mi Padre Celestial, busco glorificarlo mediante la perfecta sumisión a su santa voluntad, beso continuamente la mano que así me ha afligido; pero también digo que volveré a encontrarme con ella para pasar una feliz eternidad con ella. ¿Todos los que me escuchan ahora encontrarán a mi preciosa esposa? Sólo lo harán aquellos que se hayan condenado a sí mismos como pecadores culpables, y que hayan puesto su confianza únicamente en el Señor Jesús para la salvación de sus almas. Vino al mundo para salvar a los pecadores, y todos los que crean en Él serán salvos; pero sin fe en el Señor Jesús no podemos ser salvos. Que todos los que todavía no se han reconciliado con Dios por la fe en el Señor Jesús se preocupen seriamente por sus almas, no sea que de repente una fiebre los humille y los encuentre desprevenidos, o no sea que el Señor Jesús regrese de repente antes de que estén preparados para encontrarse con Él. Que el Señor en su misericordia conceda que este no sea el caso. Amén.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org